

Vicente Blasco Ibáñez
LAS RATAS
(*El País*, 3-6-1916)

Dice la gente de mar que no hay barco sin ratas, y cuando un buque empieza, a agrietarse, estos animales se enteran inmediatamente del peligro aprovechando la primera ocasión para escapar en masa de la bodega, mientras los tripulantes siguen arriba, tranquilos y confiados.

Lo mismo ocurre en la vida. El público «rata», egoísta, incapaz de ideas propias, que se agrupa por instinto en torno de los que pueden vencer, posee un prodigioso olfato para husmear la catástrofe, y escapa a tiempo del buque en que se embarcó, sin dar más crédito a las bravatas de los que están en el puente dirigiendo el rumbo.

Desde principios de la presente guerra la opinión formó tres masas desiguales, en casi todas las naciones neutrales. A un lado los partidarios de la libertad, del derecho, del respeto humano, de la paz que solo será una verdad cuando haya desaparecido el militarismo. A otro, los que por una perversión, de la que tal vez no se dan cuenta, aman la fuerza brutal y soberana, el golpe, el atropello soberbio, el orden llevado hasta la tiranía, el método extremado hasta el automatismo. Unos, por los dictados de su consciencia, miraron con simpatía la causa de los aliados; otros, convencidos de que la vida es la guerra y que el que pega tiene siempre razón, anunciaron como indiscutible el rápido triunfo alemán.

Entre estos dos grupos existía otro, el más compacto, la inmensa masa de los «indiferentes», que por lo mismo que carecen de opinión, se sienten arrastrados por la opinión que triunfa y hacen número en torno de ella. Los germanófilos de verdad, conscientes de lo que desean, son inferiores en número a los partidarios de los aliados, en todos los países. Pero desde el primer momento de la guerra vieron a su lado a todos los indiferentes, al inmenso tropel de las «ratas» que se instaló sin vacilar en el barco alemán, por considerarlo el más seguro.

Tratándose de una empresa de violencia y atropello la duda no era posible. Alemania preparada militarmente con larga preparación, sería la que pegase. Nada importaba a estas gentes el motivo de la guerra ni su finalidad. Solo el que vence tiene razón. Además la guerra iba a ser muy corta. Y durante la segunda mitad de 1914, aparecimos como exigua minoría en todos los pueblos neutros, los partidarios de la

libertad y el derecho, mientras las ratas movían un estrépito de mil diablos anunciando todos los días para el siguiente el triunfo definitivo del imperio.

Han transcurrido ya casi dos años y la guerra, que debía durar tres meses, finalizando con la más grande de las victorias al caer las hojas otoñales, no termina, ni lleva traza de terminar. El barco anuncia todos los días con un «bluff» estrepitoso de banderas y cañonazos que a la mañana siguiente entrará en el puente de la paz victoriosa; el capitán lanza discursos sonoros desde el puente, luego de conversar con Dios todas las noches; pero las ratas se han vuelto escépticas en fuerza de esperar; solo creen lo que ven, y como viven abajo, en la penumbra de un horizonte limitado, se enteran mejor que los de arriba embriagados por el aire libre, de las sacudidas que recibe el buque. Contemplan los rezumamientos que mañana se convertirán en vías de agua; adivinan que la nave vaca desorientada, lejos de tierra, sin saber con certeza, a dónde va, y todas callan despavoridas, reconociendo su equivocación. Muchas se han echado ya por la borda, a riesgo de ahogarse, buscando refugio en otras naves más seguras. El resto aguarda una aproximación a tierra, para huir en tropel, con un supremo esfuerzo de natación. Las han engañado y protestan de este engaño con su silencio.

Al principio de la guerra, los que sostuvimos (pocos y aislados), la causa de las naciones aliadas en ciertos países neutrales, recibíamos anónimos a docenas. A veces la carta insultante y amenazadora iba suscrita por un nombre desconocido. Las ratas son aficionadas a la escritura cuando creen sentir sobre el pelaje de su lomo un viento de victoria.

Los éxitos del Marne y del Yser abrieron un paréntesis en sus desahogos epistolares. Luego con la entrada de Turquía en la guerra y el fracaso de los Dardanelos, un nuevo soplo de entusiasmo agitó a esta muchedumbre, haciéndola prorrumpir en victoriosos chillidos. Pero su número ya era menor. Una gran cantidad había escapado prudentemente.

Luego el curso monótono de tiempo, las promesas del Estado Mayor alemán que nunca se cumplen, las ofensivas colosales y sangrientas seguidas de ruidosos fracasos, han vuelto a producir la tristeza y el silencio. Lo de Verdún reanimó a las ratas con una última convulsión. Ahora su mutismo sombrío oculta el deseo de cambiar de barco.

Algunas gentes que el verano de 1914 nos insultaban, dicen ya sonriendo: «Nosotros, los que no dudamos un momento del triunfo de Francia».

Conozco la vida. La guerra será larga; quedan aún momentos difíciles, muchos sacrificios que hacer. Pero al final está la victoria del derecho y de la libertad. Y las

ratas, las prudentes ratas, que chillaban ayer, y hoy permanecen calladas, dirán mañana seguramente, con asombrosa serenidad: «Yo que fui siempre entusiasta partidario de los aliados y me irrité muchas veces al ver la tibieza con que defendía usted la buena cosa...»

París, mayo 1916